

siderasen conveniente acceder á ello, los Cistercienses se valieron de la estratagemata de dar clandestinamente al Templario el hábito en la abadía de San Urbano de la Orden de Benedictinos, y así poder decir que no le habían recibido como Templario. Los superiores del Temple, justamente ofendidos de semejante engaño, acudieron á la Santa Sede y á san Bernardo en demanda de reparación del agravio inferido por los monjes Cistercienses, logrando que el Papa fulminase entredicho al abad del monasterio de San Urbano; cuyo breve fué dirigido al obispo de Chalons para que intimase la sentencia á dicho abad.

San Bernardo, cerciorado completamente de cuanto había pasado, reunió capítulo general, y en él se resolvió á favor de la Orden del Temple, deliberando unánimemente despedir al Templario, encargándose san Bernardo de solicitar del Papa la absolución de las censuras en que había incurrido el abad de San Urbano (1).

En el año 1142 el reino de Jerusalem experimentó una pérdida irreparable y de graves consecuencias, y fué la muerte de Foulques ocasionada de resultas de una caída de caballo, cazando en las cercanías de Tolemaida, dejando dos hijos menores, á saber, Balduino de trece años y Amauri de siete. La muerte de Foulques acaeció á últimos del año indicado, poco después de la dedicación de la iglesia de los Templarios, hecha con grandes ceremonias y ostentación por el legado pontificio llamado Alberico.

La muerte del rey dió margen á cábalas é intrigas, como sucede ordinariamente en la minoridad de los príncipes. La falta de unión de los barones y la rivalidad de los grandes perturbaron de un modo sensible la buena dirección del gobierno, favoreciendo así los progresos del musulmán.

La reina Melisenda, viuda de Foulques y madre de los infantes, por razón de su menor edad, pretendía la regencia y ser reconocida como gobernadora del reino; sin embargo de los disturbios que hubo con este motivo y de la oposición que hicieron los grandes, porque decían y con razón que en aquellas circunstancias era necesario tener al frente del gobierno un rey que fuese á la vez capitán, se consideró prudente ceder en este punto, y la reina madre fué reconocida como regenta, siendo coronados la madre y su hijo Balduino III (2).

En este intervalo los cristianos latinos perdieron Edesa y su condado, que Balduino de Bourg, al ser elegido rey de Jerusalem, había cedido á su pariente Joselin de Courtenay, á imitación de Godofredo de Bullon su

(1) San Bernardo, carta 261.

(2) Arte de comprobar las fechas, pag. 433.

hermano, que, con el fin de asegurarse de los príncipes y señores cruzados para la defensa de la Tierra Santa, les había concedido soberanías á título de infeudación. De ahí provinieron los condados de Edesa, Trípoli, Joppe, Ascalon y Galilea, las señorías de Iblin, Montroyal Troron, Sidon, Tiro, Tolemaida y Cesarea, que recayeron todos en señores de la primera nobleza.

Joselin de Courtenay había conservado su condado merced á sus especiales cualidades de gran capitán y á su valor extraordinario en todas las empresas contra los infieles. Al morir dejó un hijo llamado como su padre; pero como había sido educado entre las delicias y lujo oriental, pasaba su vida en una continua licencia de costumbres no muy cristianas, y para entregarse con más libertad á todas las pasiones, rodeado, de cortesanos afeminados, dejó Edesa, trasladándose á Turbesel.

Omad-Eddin-Zenghi, sultán de Mossul y Alepo, fundador de la dinastía de los Aladecks, enemigo encarnizado de los cristianos, harto enterado de la afeminación del joven Courtenay, y de que todos los que le rodeaban eran unos cobardes y libertinos, juzgó buena coyuntura para entrar con poderoso ejército en el condado de Edesa, sitiando esta capital y arrojar á los cristianos de toda la Cilicia, cuyo territorio era fronterizo de los estados de dicho sultán.

En efecto, al frente de un numeroso ejército invadió el condado y sitió Edesa, la cual, si bien es cierto se defendió con increíble valor por espacio de mucho tiempo, no obstante, por no ser socorrida de su soberano, cayó por último en poder de los musulmanes.

La sensible pérdida de la importante ciudad de Edesa y una gran parte de su condado en manos de los infieles causó honda sensación no sólo á los cristianos de Occidente, si que aun mucho mayor á los de Oriente, porque con dicha pérdida veían amenazada toda la Palestina; con cuyo motivo se levantó un clamor general, reclamando fuese inmediatamente socorrida, y esto produjo la segunda cruzada que se organizó en Europa para salvar la Tierra Santa del furor de los musulmanes. Pero antes de narrar la expedición, demos algún pormenor del sitio de Edesa cuya pérdida fué la causa de la cruzada.

Hé aquí el triste cuadro que de este suceso hacen los historiadores de las cruzadas:

Edesa tenía altas murallas, numerosas torres que la defendían y una ciudadela respetable. El día del peligro sus moradores, incluso el clero secular y regular, guarnecían las murallas, á donde las mujeres y niños les llevaban víveres y refrescos; pero á medida que los sitiados disminuían en fuerzas, el sitiador era reforzado con kurdos, árabes y turcomanos, y por consiguiente el sitio cada día se estrechaba más y más. Siete torres de madera se alzaban á superior altura de las murallas de la plaza, las

cuales golpeaban de continuo terribles máquinas de guerra. Minadores venidos de Alepo habian profundizado hasta los cimientos de varias torres, y su próxima ruina iba á franquear el paso á los soldados musulmanes: en este estado el califa mandó interrumpir los trabajos é intimó la rendicion á la ciudad, más esta con valerosa resolucion contestó preferir la muerte antes que rendirse. Entonces el sultan mandó redoblar los ataques, y al cabo de veinte y ocho dias se desplomaron varias torres que estaban minadas, y por sus brechas montaron los infieles penetrando en la plaza. La cimitarra musulmana se cebó de un modo espantoso en sangre cristiana, siendo inmolados desapiadamente ancianos, niños, pobres, ricos, doncellas, obispos, sacerdotes y monjes, sin ninguna clase de consideracion; la matanza duró muchas horas; los cristianos que pudieron librarse del alfange, fueron vendidos cual vil rebaño en las plazas públicas; las escenas de carniceria y violencia terminaron con insultos á la religion. Los vasos sagrados sirvieron para las orgías de la victoria, y los más execrables desórdenes y abominaciones mancillaron los templos del Señor.

El feroz califa, después de haber gozado algunos dias de su victoria, dejó una fuerte guarnicion en la ciudad, y salió de ella para otros triunfos, cuando fué asesinado por sus esclavos durante el sitio de un castillo cristiano á orillas del Eufrates. Mientras el Asia celebraba su gloria y poder, dice la historia árabe, la muerte le tendia en el polvo, y éste fué su morada. La muerte del califa fué un gran motivo de júbilo para los cristianos, mas nuevas calamidades iban á caer sobre ellos.

Con la muerte del sultan Zenghi, sus dos hijos Coteledino y Noradino se dividieron el imperio: el primero se quedó con Mossul y el segundo con Alepo.

Noradino, aunque musulman, era un príncipe hábil y un gran general; fué constante enemigo de los cristianos por principios de religion, pero que, á pesar de su acreditado valor y de estar al frente de un ejército numeroso, muchas veces tuvo que ceder al empuje de los Templarios.

Edesa, merced á una conspiracion de los cristianos, pudo volver al poder de su conde Joselin, el cual pasó á cuchillo á la guarnicion musulmana. Sin embargo, no habiendo tenido el tiempo suficiente para reparar las fortificaciones, ni tampoco para ser auxiliado por el ejército del rey de Jerusalem, al presentarse Noradino con fuerzas respetables, no quedó á Joselin otro medio que el de escaparse de la ciudad, como así pudo lograrlo con unos mil cristianos que se refugiaron en Samosata. Al entrar Noradino en Edesa, pasó á degüello á toda la ciudad, asegurando los autores que en las dos entradas de Zenghi y Noradino habian perecido 30,000 hombres y unos 16,000 reducidos á la esclavitud.

Noradino deseando consumir su venganza, convirtió á Edesa en un

vasto montón de ruinas, como un monumento de su cólera. Las desgracias de Edesa arrancaron lágrimas á los cristianos de Siria y Judea; un terror sombrío se apoderó de las colonias latinas. Los rayos que cayeron en aquella época en las iglesias del Santo Sepulcro y del monte Sion, y la aparicion de un cometa, acabaron por difundir los presentimientos más lúgubres entre los fieles.

Como si esto no bastara, Noradino se apoderó de algunas plazas como Artesia, Mamoulas, Besanfont y Kafarlata, amenazando al reino de Jerusalem.

Después de la pérdida de Edesa y plazas antedichas, los asuntos de los cristianos empezaban á decaer de una manera sensible en Oriente. Godofredo de Bullon, los dos Balduinos, Foulques de Anjou, el famoso Bohemundo, el bravo Tancredo, el viejo Courtenay y el conde de Tolosa habian desaparecido, y sus descendientes fascinados por las delicias del Asia ocupaban su lugar, pero sin llenarlo dignamente como aquellos intrépidos guerreros.

Solamente el jóven Balduino y las dos Órdenes militares, se opusieron con grande esfuerzo á los ataques continuos de los infieles; pero como sus fuerzas no correspondian á su valor, fué preciso acudir á los príncipes de Europa solicitando una nueva cruzada, y hacer así lo posible para anonadar y echar para siempre á los infieles de la Tierra Santa. Bajo este punto de vista y con esta resolucion se deputó al obispo de Zabulon para que pasase á Europa.

En aquel entonces reinaba en Francia Luis VII, príncipe jóven, lleno de valor y otras cualidades dignas de un buen soberano. El embajador no podia llegar en una coyuntura más favorable; el rey se hallaba en lucha contra Tibaldo, conde de Champaña y de Blois, su feudatario. La resistencia que se le opuso en Vitry le irritó de tal manera, que entrando en ella por fuerza, la mandó pasar á degüello, quemando la iglesia en donde perecieron más de 1,300 personas que en ellas se habian refugiado. (1).

Pero acosado luego por crueles y justos remordimientos por tan terrible ejecucion, á fin de aquietar su alma, pidió la absolucion á la Santa Sede, resolviendo pasar á Jerusalem para reparar su falta, recurso y asilo en aquel entonces de los más grandes pecadores. En efecto, por consejo de San Bernardo, comunicó al papa Eugenio III su designio, rogándole que, á ejemplo de Urbano II, ordenase predicar la cruzada para socorrer la Palestina y salvarla, en atencion á los desastres que acababa de experimentar.

(1) Rob. de Monte, apéndice á Sigeb. 1147.

El Pontífice, afligido por los desgraciados sucesos de la Tierra Santa, acogió benévolo el plan del rey de Francia, y expidió breves á toda la cristiandad, exhortando á los príncipes y al pueblo tomasen las armas para un fin tan piadoso, y encargando especialmente á san Bernardo, que en aquel tiempo era el oráculo del siglo, predicase la cruzada en Francia y Alemania, como legado de la Santa Sede.

SEGUNDA CRUZADA.

Habiendo el papa Eugenio III publicado la bula de la cruzada con la cual confiaba á san Bernardo la mision de predicarla, inmediatamente se convocó una reunion en Vezelay en el condado de Nevers, la cual tuvo lugar el domingo de Ramos, 31 de marzo de 1146, y á la cual acudió una multitud de señores, caballeros, prelados y hombres de todas clases y condiciones. Luis VII y san Bernardo, uno con el aparato fastuoso de la dignidad real, y el otro con el humilde hábito del Cister, se colocaron en una tribuna en medio de un pueblo inmenso, que al verlos les saludó con entusistas aclamaciones. El abad de Claraval leyó primero la bula expedida por el Papa, y luego tomando su inspiracion del recuerdo de las desgracias de Edesa y de los peligros que amenazaban á la herencia de Jesucristo, empleó todo el prestigio de su elocuencia para excitar la compasion de los cristianos; pintó á la Europa entregada al escándalo, al demonio de la herejía y á la maldicion divina, suplicando á los oyentes que aplacasen la cólera del cielo, no ya con gemidos y lágrimas, con oraciones y cilicios, sino con las fatigas de la guerra, con el peso de la espada y broquel, con fuertes combates contra los musulmanes.

El grito de *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* interrumpió su discurso, como habia interrumpido las palabras de Urbano II en el concilio de Clermont. Como el entusiasmo de la multitud aumentaba la conviccion del orador, san Bernardo profetizó el buen éxito de la cruzada, amenazó con la cólera divina á los que no peleasen por Jesucristo, y gritó como el Profeta: «¡Desgraciado, desgraciado aquel que no llegue á ensangrentar su espada!»

El ardor por la guerra santa se habia apoderado de toda la asamblea. Luis VII se arrojó á los piés de san Bernardo y le pidió la cruz; el rey, vestido con aquel signo venerando, exhortó por sí mismo á los fieles á que le siguiesen á Oriente, y el auditorio derramó lágrimas de enternecimiento.

La reina Eleonor de Guyena quiso imitar á su esposo, y recibió la cruz de manos del abad de Claraval; Alfonso conde de San Gilles y de Toloso, Enrique hijo de Tibaldo, conde de Champaña, Tyerri conde de

Flandes, Guillermo de Nevers, Rainaldo conde de Tonnerre, Ivez conde de Soissons, Guillermo conde de Ponthieu, Guillermo conde de Varennes, Archimbardo de Borbon, Enguerrando de Coucy, Hugo de Lusignan, el conde de Dreux hermano del rey, su tío el conde de Maurienne y otros muchos barones y caballeros siguieron el ejemplo del soberano. Varios prelados, entre los cuales cita la historia á Simon obispo de Noyon, Godofredo obispo de Langres, Alejos obispo de Arras, y Arnoldo obispo de Lisieux, hicieron juramento de pelear contra los infieles. Y no siendo suficientes las cruces que se tenían preparadas para satisfacer á la multitud impaciente, el abad de Claraval rasgó su hábito para hacer otras muchas.

San Bernardo no limitó su predicacion á la ciudad de Vezelay, sino que recorrió varias comarcas del reino, inflamando todos los corazones con el fuego sacro de las cruzadas; el púlpito se convirtió en una cátedra de entusiasmo capaz de enardecer á la más fria indiferencia, presentando con vivos colores la vergüenza que debia ruborizar á los cristianos por tolerar que la herencia de Jesucristo y la Palestina regada con sus sudores y preciosa sangre se vieran amenazadas de caer otra vez bajo la tiranía de la cimitarra musulmana. El encanto de la elocuencia del santo abad, sus tiernas expresiones y patético lenguaje, la reputacion de sus virtudes y los favorables sucesos que pronosticaba, arrastró al pueblo á que tomase las armas.

Despues de haber predicado la cruzada en Francia, pasó á Alemania; más al llegar al centro de los pueblos del Rhin, tuvo que combatir la predicacion del monje Rodulfo, el cual exhortaba á los cristianos al asesinato de los judíos. Sólo el ascendiente de la virtud y merecida fama del abad de Claraval podia imponer silencio al apóstol alemán que halagaba las pasiones del pueblo.

Despues de haber predicado en Constanza y Francfort pasó á Spira, en donde el emperador Conrado habia convocado una Dieta general. El Santo abad se aprovechó de esta coyuntura para predicar la guerra contra los musulmanes y la paz de los príncipes cristianos. Varias conferencias y exhortaciones públicas no habian conseguido determinar á Conrado á tomar la cruz, alegando los recientes disturbios del imperio germánico; pero la elocuencia persuasiva del abad de Claraval no se arredraba por esto. Un dia al celebrar la misa delante de los príncipes y magnates, interrumpió de improviso al santo sacrificio para predicar la cruzada, y en un arranque inspirado transportó al auditorio al dia del juicio final, haciendo aparecer á Jesucristo armado con la cruz y reconviniendo al emperador Conrado por su fria ingratitud. Este apóstrofe repentino conmovió profundamente á Conrado, quien juró con los ojos arrasados en lágrimas que iria á defender los intereses de Jesucristo, y se cruzó, así como tambien muchos caballeros y barones.